



Vivían en las regiones remotas de los mares en calma. Allí, donde reinaba el dios Nereo, el que les contara en la infancia y pubertad maravillosas leyendas del Guadalquivir; el Río Grande de Andalucía. Con aquellas fascinantes historias les inculcó un anhelo común: Ir a conocer cuando alcanzaran la madurez, a los diez años, el río de sus antepasados.

El momento de partir estaba cerca.

-No lo hagáis-advirtió el viejo Nereo-. Ese río ya no es como era antes. Ahora está plagado de trampas peligrosas puestas por los hombres. Podéis pagar con vuestras vidas tremenda osadía.

Neso y Turio reflexionaron el consejo del sabio de los océanos tranquilos. Sin embargo, la advertencia de los enormes peligros que podían correr les incitaba aún más a hacer la aventurera travesía. Además, Neso y Turio estaban enamorados y anhelaban que su futura prole también naciera donde ellos habían nacido, aunque no guardaban recuerdos de cómo era el río. Lo que sabían de él era lo que su tío Nereo les había contado, y ello hizo que el impulso por

reencontrarse con el río fuera irresistible. Así que la decisión estaba tomada.

Apenas habían salido de las regiones marinas del mítico Nereo, les acechó el primer peligro. Un tiburón blanco tenía la intención de convertirlos en su principal comida del día. Con rapidez y habilidad, ambos esquivaron y despistaron al depredador.

Una criatura a la que conocían de pasearse por el reino de los mares en calma; lugar en el que por "Mandato Marino" del pacífico dios Nereo, los



seres del mar hacían las paces, y no se atacaban los unos a los otros.

Pero la verdad era que Turio y Neso no esperaban tanta agresividad del tiburón, al que habían conocido pacífico y tranquilo en ese reino. Ahora ya sabían que fuera del reino de su tío, los grandes depredadores iban a ser uno de sus potenciales enemigos.

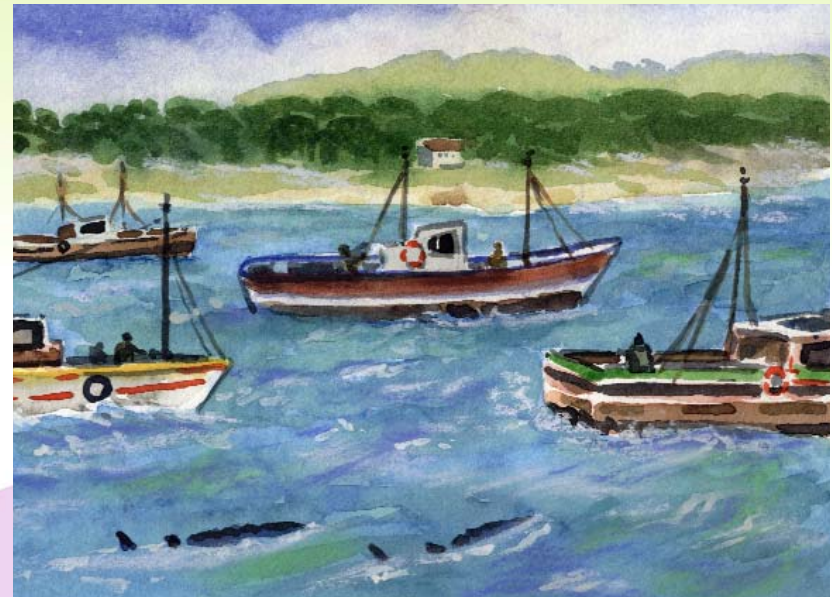
Después del incidente con el tiburón, entraron en una zona de aguas en la que todos los seres marinos tenía una actividad frenética, en busca de su alimento.

De repente, las aguas temblaron como sacudidas por un maremoto. Neso y Turio pensaron que por allí se estaba aproximando una pacífica ballena yubarta, o un cachalote. Pero se equivocaron. El extraordinario zarandeo de las aguas era producido por un enorme barco, cuya quilla profundizaba en el mar unos cinco metros. Era la primera vez que se encontraban con un monstruo de estas características, y tan inesperado encuentro amenazaba con destrozarlos. Con agilidad, los dos esturiones recalaron hacia aguas más profundas,

para evitar la temible embestida del insólito monstruo. A sus mentes llegó el recuerdo de las palabras del viejo Nereo sobre los peligros que podían encontrarse en su singladura. Sin embargo, nunca les advirtió de que les podía aparecer este enorme "monstruo sin rostro". Y este encuentro con el transatlántico, los hizo ser más concientes de que su aventura iba a resultar más peligrosa de lo que creían.

Ya en aguas más cercanas a la costa, se vieron sorprendidos por un trasiego de "criaturas sin rostros" de tamaño más pequeño que el anterior, pero eran más ruidosos. En una acción de osadía, sacaron sus cabezas de las aguas y comprobaron que encima de los extraños gigantes posados en el mar, habían hombres agitados que vociferaban al viento. Se habían topado con una flotilla de barcos de pesca.

Toda aquella agitación les producía miedo; entonces para escapar de allí, realizaron una inmersión permaneciendo en aguas profundas, a ras del fondo marino un día entero. Al siguiente día subieron cautelosos a aguas casi superficiales; pero otra cosa más extraña aún les hizo ponerse en alerta.



¿Qué era aquello? Tenía cierto parecido a la formación que hacían el krill y los pequeños peces, pero esta cosa amorfa no poseía movimiento propio; no era un ser vivo. Aunque sí parecía tener ojos. Unos ojos entrelazados, pero vacíos, que formaban una muralla que se movía alejándose, adoptando una forma abombada.

Neso y Turio comprobaron con asombro, como todos los peces y otras especies marinas que estaban al otro lado de la muralla, eran arrastrados y se agitaban desesperados, pues el espacio

para moverse se iba reduciendo, hasta estar todos prácticamente amontonados. Al instante comprendieron que aquella cosa los tenía atrapados.

La situación les horrorizó. ¿Acaso ésta era una de las trampas de los hombres de las que les había hablado Nereo? El pánico les hizo penetrar mar adentro, buscando una zona más segura. Entonces sus cabecitas de esturiones llegaron a una conclusión: Que las "criaturas sin rostros" eran más espantosas y peligrosas que el famoso tiburón blanco. No obstante, no iban a desistir en el empeño de ir al Guadalquivir; pues una fuerza misteriosa les empujaba a seguir.

No pasó mucho tiempo hasta que la pareja de esturiones sintió unas corrientes de aguas suaves y cálidas, que olían de una manera peculiar. Sus cuerpos se estremecieron. Estaban en la desembocadura del Guadalquivir, y la emoción de encontrarse con el río que los había visto nacer los estimulaba de una manera especial. En estas aguas permanecieron un tiempo, pues sus cuerpos tenían que adaptarse al cambio de las mismas para hacer la travesía por agua dulce.

Durante ese tiempo de adaptación, iban y venían de un lado hacia el otro, cruzándose como en un baile por sevillanas. Con esta euforia penetraron en el río de sus sueños.

Pero al poco de estar en sus aguas se percataron que tenían unas sensaciones algo desagradable: el agua se tornaba cada vez más oscura y de una textura grasienta que se pegaba a la piel. Parecía imposible seguir río arriba con esas condiciones. Y si nadaban en las profundidades, aún era peor, por el fango negro y grasiento.



Las sensaciones que les producían, poco tenían que ver con sus recuerdos, marcados en su biología de esturiones. Ni siquiera, con las fantásticas y hermosas historias que sobre el río Nereo les contó, y que ellos confiaban en vivenciar. Además se preguntaron: ¿Cómo iban a sobrevivir sus vástagos en aguas tan sucias ?...

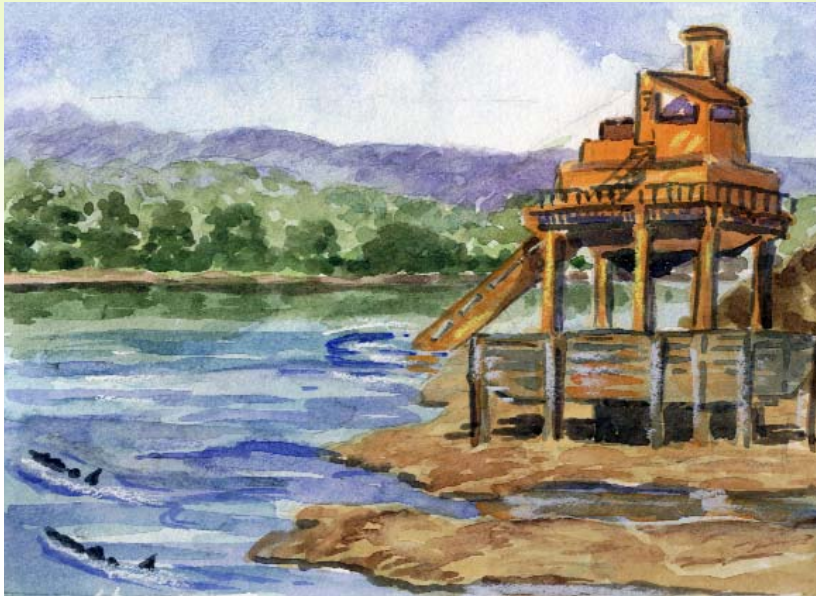
Una enorme decepción se estaba apoderando de Turio y Neso, de tal manera, que reflexionaron si debían continuar o regresar a las regiones de Los Mares en Calma, el reino de su tío Nereo. La voluntad de lucha por la supervivencia la tenían intacta. Pero... ¿contra quién había que combatir, si no conocían al enemigo? No había vuelta atrás. Y aunque murieran, su intento por conseguir perpetuar su especie, iba a formar parte de las leyendas míticas del río. Este sublime pensamiento les reconfortaba. Así que, a pesar de que la suciedad del agua les quitaba energía, aún tenían mucha vitalidad y confianza para llegar a los desovaderos, situados más allá del pueblo de Alcalá del Río, Sevilla; y sobre la gravilla del fondo del río poner los huevecillos. Entonces, imploraron la ayuda de los dioses y de los espíritus protectores de la Naturaleza.

Con habilidad en el nado, Neso y Turio siguieron río arriba para alcanzar el anhelado objetivo.

Un rayo de esperanza les llegó cuando sintieron sobre sus cuerpos una corriente de agua más limpia y suave.

El agua provenía de pequeños arroyos y riachuelos que desembocaban al Guadalquivir. Los dos esturiones aprendieron a encontrarse con estas salvadoras aguas. Neso y Turio creyeron que estos senderos acuáticos que favorecían su incursión, los había mandado el dios Fauno para ayudarlos. No obstante, tenían que volver de vez en cuando a tomar aire en la superficie, porque la contaminación del agua era una constante. Por lo tanto, el desgaste y el sufrimiento de los dos legendarios hijos del Guadalquivir continuaban. Pero seguían; aunque la grasa producida por los combustibles de los barcos que hacían travesías por el río, y los desechos industriales utilizados en la agricultura se les acumularan en la piel, impidiéndoles la transpiración.

Ya les faltaba poco para llegar a las inmediaciones del pueblo de Alcalá del Río, cuando se toparon con una nueva trampa.



Una mastodónica "criatura sin rostro" que poseía un enorme tentáculo en forma de tubo, que removía y succionaba la gravilla del fondo del río, produciendo una tenebrosa turbulencia que alteraba el entorno y aniquilaba cualquier animalillo que se acercara por allí.

Y otra vez, en un alarde de valentía, fueron capaces de encontrar una vía de agua para escapar de la barbarie que el "horrendo bicho chupador de grava" estaba cometiendo. Pero, a pesar de superar esta temible trampa, una escalofriante inquietud

se estaba apoderando de ellos. Pues Turio y Neso pensaron que la zona elegida para desovar pudiera haber sido destruida por otro monstruo chupador. Entonces ¿qué iban a hacer? Resolver esta interrogante sólo tenía un camino: Seguir.

Más adelante esa inquietud quedó al margen, cuando tuvieron que enfrentarse con la situación más complicada que se les presentaba.

¿Qué era aquello que ocupaba toda la anchura del río? ¿Acaso el río se acababa allí? Fue tan sorprendente y extraño para sus mentes de esturiones lo que veían, que del espanto permanecieron en el fondo más de una hora. Se habían topado con la presa de Alcalá del Río, que como una auténtica muralla les impedía definitivamente seguir. Sin embargo, unos huecos como toboganes por donde pasaba el agua, les infundieron cierta esperanza para alcanzar lo que querían. Por allí, contemplaron la posibilidad de superar la presa y pasar al otro lado. Pero desgraciadamente, nuestros valientes esturiones se volvieron a equivocar, pues aunque lo intentaron como titanes un montón de veces, fracasaron. La altura y verticalidad de aquellos toboganes eran insalvables.



Comprendieron entonces que su odisea por llegar al lugar en donde querían que naciera su prole, había terminado. El vaticinio de Nereo se había cumplido. Todas las trampas colocadas por los hombres en el Guadalquivir habían hecho imposible que se cumplieran sus deseos.

Pero la historia de Turio y Neso no terminó aquí, pues los dos esturiones se encontraron con una mano salvadora. O mejor dicho, paradoja del destino: con una red. La red de Ramiro, uno de los pocos pescadores que todavía se dedicaban a la pesca en el río, y que casi siempre faenaba acompañado de su hijo Agustín.

Habían salido con la barquita esa mañana, cuando de repente Agu, divisó por la proa dos grandes peces que en la superficie del agua, parecían respirar con dificultad.

-¡Papá! ¡Papá!-Gritó entusiasmado el chico- ¡Mira que "pescaos" más grandes!

Ramiro dejó de preparar unos aparejos de pesca, y en tres pasos se colocó al lado de su hijo.

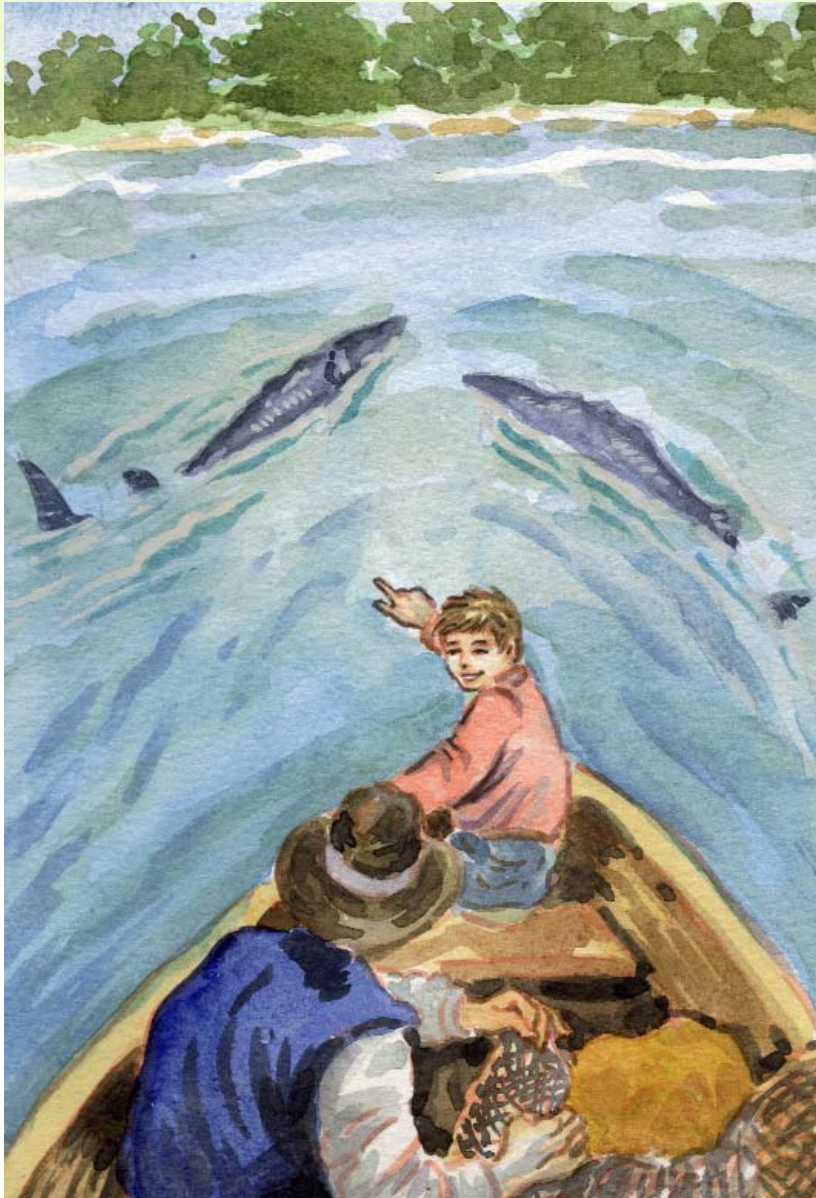
¡Esturiones!-exclamó sorprendido. Tan extraño le resultó el nombre a Agu, que preguntó a su padre:

-Son peces ¿verdad papá?

Sí hijo; son peces. Unos peces muy raros, que habían desaparecido del río- contestó Ramiro sin dejar de observar los movimientos de los legendarios esturiones. El niño caviló la respuesta.

"Desaparecido..."

Ramiro no lo dudó más y se fue hacia la popa de la barca, y cogió una red con las dos manos, y le dijo a su hijo que se callara.



Preparado esperó el momento oportuno para lanzar con fuerza y precisión la red, que se extendió como una gran sábana en el agua. Los dos esturiones quedaron atrapados, sin ofrecer excesiva resistencia; algo que produjo extrañeza a Ramiro. Rápidamente amarró la red a un madero horizontal colocado de babor a estribor en el centro de la barca, y le dijo a su hijo:

-Vámonos.

-¿Ya?- respondió sorprendido Agu. Ramiro presentía la importancia del hallazgo.

Al poco tiempo llegaron a un pequeño embarcadero, pero no sacaron la red del río. El pescador le dijo a su hijo que se quedara allí vigilando, mientras él llamaba por teléfono desde un bar cercano al embarcadero. La llamada iba dirigida a un amigo suyo empleado del ayuntamiento, que recibió la noticia con alegría.

"Vete para el barco, que ahora mismo llamo a los de Medio Ambiente"- le dijo con cierta desconfianza por que fuese sólo el niño el que estuviera vigilando la valiosa pesca.



-Bien; allí te espero.

El bueno de Agu cumplió a rajatabla la orden que su padre le había dado, y no se movió ni un palmo del sitio. Parecía una tarjeta postal.

Hasta que sintió las pisadas de su padre en las tablas del embarcadero.

-¿Qué pasa, papá ?-preguntó al verlo-. ¿A quién has llamado ?

Ramiro le explicó a su hijo la importancia ecológica que tenía la pesca de los dos esturiones.

-¡Bieeen ! ¡Y lo he descubierto yooo !- gritó alborozado. Su padre preguntó como se encontraban los esturiones, pero Agu ni se enteró de lo eufórico que estaba.

Los expertos de la Consejería de Medio Ambiente, acompañados del amigo de Ramiro y del alcalde de la localidad, tardaron más de una hora en llegar al embarcadero. Cuando vieron en la red a los dos esturiones se sintieron entusiasmados.

-Le felicito caballero-dijo uno de ellos dirigiéndose al pescador-. Esta es la pesca más valiosa que usted ha hecho en su vida ; se lo aseguro. Ramiro se sintió orgulloso, dándole las gracias tímidamente. Y recordó los tiempos en los que con el abuelo de Agu, la pesca de esturiones en el Guadalquivir era algo habitual, y beneficiaba a muchas personas de los pueblos ribereños.

-Gracias; pero todo el mérito es de mi hijo Agustín. Él fue el que los vió-.

La felicitación la hicieron extensiva al chico; además el alcalde le dijo que era el mejor pescador del mundo, lo que puso "colorao" a Agu.

La pesca de la pareja de esturiones tuvo mucha repercusión en los periódicos y en la tele. Los protagonistas del hallazgo participaron en algunos reportajes, y el chaval estaba la mar de contento porque se había hecho famoso, gracias a los legendarios peces.

Estos fueron llevados provisionalmente a unas piscinas ubicadas junto a la presa de Alcalá de Río.

Allí estuvieron poco tiempo, ya que las instalaciones no reunían las condiciones idóneas para el proyecto de reproducción en cautiverio, que querían llevar a cabo los científicos. Se pretendía que algún día no muy lejano, el esturión del Guadalquivir (*Acipenser sturio*) fuera una especie abundante en el río. Y para ello habilitaron una estupenda alberca con alta tecnología, que hiciera posible conseguir la puesta de huevos o freza.

Sin embargo, sabían que el objetivo de la recuperación no dependía sólo de la pareja formada por Turio y Neso. Para alcanzar este logro había que resolver un problema mayor: eliminar las trampas del río puesta por los hombres y mejorar la calidad de sus aguas.

La tarea era hartó difícil. Ya que para ello tenían que realizar una proeza ecológica de enorme envergadura.

Una gesta parecida a la odisea que habían hecho Turio y Neso en su anhelo por encontrarse con el río de sus antepasados, y en el que un día nacieron, y quisieron perpetuar su especie.

Pero en sus sueños imaginaban un Guadalquivir hermoso y limpio, lleno de vida. El Río Grande que les contó Nereo, y que hizo posible el mestizaje de los pueblos que viven en su entorno.

Querían que cuando los jóvenes esturiones fueran al mar, contaran la epopeya vivida por ellos, como una más de las heroicas leyendas del Guadalquivir. No les importaba estar cautivos, ni que sus vidas estuvieran en manos de los hombres. Sabían que las intenciones de estos con su especie eran buenas. Que querían que, algún día, sus descendientes habitaran un río sin contaminación.

Por otro lado, también Agu soñaba algo parecido. Después del extraordinario acontecimiento, estuvo durante largo tiempo contemplando el río esperando ver a otros esturiones. Y un montón de veces se preguntaba :

"¿Volverán los esturiones, el río atravesar?"

---

**FIN**